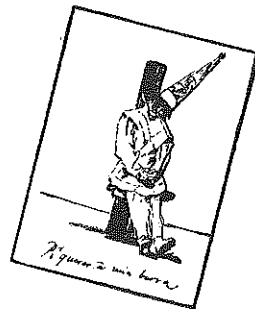


La Inquisición y la censura de libros



La censura de libros fue una más de las actividades del Santo Oficio, si bien es una de las que más interés ha suscitado a los estudiosos de temas inquisitoriales. El que la Inquisición se ocupara de la censura de libros —luego veremos que no en todas sus facetas— no responde a una decisión arbitraria, sino que debe entenderse esta actividad en su contexto: el Santo Oficio tenía como misión única —pese a las múltiples vertientes que ello comportaba— la persecución y castigo de la herejía, allá donde ésta fuera detectada. Y no sólo las personas eran portadoras de herejía, sino también los libros, «esos maestros mudos (que) continuamente hablan, y enseñan a todas horas», como los llamaba el Inquisidor General Sandoval y Roxas. En este objetivo, pues, la censura inquisitorial trata de impedir la difusión escrita de las doctrinas heréticas, especialmente del protestantismo, para preservar la ortodoxia católica.

Es evidente que el poderoso instrumento de la censura pudo ser utilizado de forma coyuntural para otras cuestiones, como evidente es que la Inquisición actuó junto a —y, a veces, mediada por— el propio Estado, pero porque entre ambos existía una comunidad de intereses. La incidencia que la actividad censora inquisitorial tuvo sobre la literatura, la ciencia o el pensamiento hispanos debe estudiarse, pues, sin olvidar el verdadero objetivo perseguido por el Santo Oficio.

Es imposible abordar aquí todas estas cuestiones: intentaremos tan sólo ofrecer un panorama general de las actividades inquisitoriales relacionadas con la censura de libros, de sus límites, de sus instrumentos y, en la medida de lo posible, de sus consecuencias. Todo ello teniendo siempre presente el estado actual de nuestros conocimientos sobre el tema, que sigue siendo muy limitado, pese a las valiosas aportaciones de diversos historiadores, sobre todo en los últimos años.

Los límites de la censura inquisitorial

La Inquisición no tenía bajo su control todos y cada uno de los diferentes resortes de la censura de libros. Uno muy importante quedó fuera de su competencia: la censura previa, es decir, el poder para otorgar o denegar la licencia de impresión, sin la cual un libro no podía ser editado en territorio hispano. Es cierto, sin embargo, que en un principio no estuvo claramente deli-



mitada la competencia del Santo Oficio en esta cuestión, pero después de 1554 —o antes incluso en la práctica— fue el Consejo Real el único organismo encargado de otorgar o denegar la licencia de impresión.

La Inquisición ponía en funcionamiento los mecanismos de la censura sólo cuando el libro —fuera editado en el extranjero o fuera editado en territorio hispano con la correspondiente licencia— era denunciado ante sus tribunales como sospechoso de contener herejías.

Así pues, también en el caso de los libros, como en el de los procesos a personas, la delación constituía una pieza fundamental para poner en marcha el aparato inquisitorial. Recibida la delación, el libro en cuestión se interceptaba y —al menos ése era el objetivo de los censores— desaparecía de la circulación hasta que fuera revisado. De este examen el libro podía salir indemne, mutilado en parte («expurgado» en terminología inquisitorial), o no salir nunca más.

Pero, ¿quién hacía ese examen decisi-



**ARTE, LITERATURA
Y TEXTOS
UNIVERSITARIOS**

NUEVA DIRECCIÓN:
C/. GIMENEZ SOLER, n.º 7
ZARAGOZA-9
TELÉFONO: 35 30 07

¿cómo daba a conocer la Inquisición su decisión sobre el libro? Se precisaban medios materiales y humanos para hacer efectiva toda esta tarea.

Los instrumentos de la censura inquisitorial

El elemento humano dedicado a las tareas relacionadas con la censura era, en términos generales, el mismo que para las otras actividades inquisitoriales: comisarios y familiares, inquisidores locales y fiscales, calificadores, etc. Creo que estos últimos merecen un especial interés.

Los calificadores eran los encargados de emitir los juicios sobre los libros sospechosos sometidos a su examen. Eran, por tanto, los «expertos en la materia» y de su veredicto dependía después la decisión de los inquisidores sobre el libro en cuestión. Por ello, es preciso un estudio en profundidad sobre los calificadores inquisitoriales en sus tareas como censores (calificadores eran también los encargados de «calificar» las proposiciones heréticas de las personas procesadas). Hemos de conocer su grado de formación, su especialización o no, su capacidad real de decisión, su status social y económico (no eran funcionarios inquisitoriales propiamente dichos), etc.

Hay que destacar también la participación en las tareas de censura, como «calificadores extraordinarios» podríamos decir, de las Universidades castellanas más importantes (Salamanca y Alcalá) o de intelectuales de prestigio (como Arias Montano o Juan de Mariana). Sin este colaboracionismo —gustoso o forzado, inducido o voluntario, ésa es otra cuestión— por parte de las esferas académicas y de algunos intelectuales, es impensable que la actividad censora tuviera un mínimo grado de eficacia real.

Como instrumentos concretos para dar a conocer sus decisiones en esta materia, la Inquisición utilizó —como lo hacía para otras cuestiones— el edicto público, que era colocado, para general conocimiento, en las puertas de las principales iglesias del país. Pero la Inquisición tuvo también otro instru-

mento para que los lectores supieran en todo momento qué se podía leer y qué no se debía leer. Un instrumento que es el más conocido de todos: el Índice.

Un Índice inquisitorial contenía todos los autores y obras que la Inquisición había prohibido hasta el momento de la publicación del mismo. Los índices se imprimían y distribuían entre libreros, impresores, tratantes, universidades, instituciones religiosas con bi-

inquisitorial que es preciso destacar: la vigilancia y control en puertos y aduanas para impedir la entrada de libros prohibidos provenientes del extranjero.

Los libros impresos en territorio hispano, como hemos visto, eran sometidos primero al filtro del Estado mediante la concesión de la licencia y después al filtro constante de la Inquisición y sus múltiples colaboradores. Pero el libro herético podía ser introduci-



blotecas, etc., a fin de que todos los que tuvieran relación con el mundo del libro supieran a qué atenerse. Los índices, a partir del de 1583-84, no sólo eran prohibitorios, sino que contenían también un expurgatorio, en el que se dan las instrucciones precisas para eliminar de ciertas obras los pasajes considerados reprochables. La expurgación de los libros resultó, como es imaginable, una tarea compleja y de grandes dimensiones, sobre la que sabemos aún bien poco.

Otros aspectos de la censura inquisitorial

Aún hay otra vertiente de la censura

do en territorio hispano con voluntades proselitistas o como simple compañero de viaje de comerciantes, soldados o visitantes diversos. El Santo Oficio se mantuvo siempre muy preocupado por esta cuestión, muchas veces incluso obsesionado con campañas de propaganda provenientes de los países protestantes, campañas que —reales o ficticias— tenía como elemento clave la introducción de libros para crear así un clima propicio a la expansión y difusión de la Reforma. A fines del XVIII, la obsesión se trasladó hacia otro peligro, mucho más inmediato entonces: las ideas revolucionarias provenientes de Francia.

Pero no es esto todo. También se realizaban registros de librerías y visitas a bibliotecas, se mantenía una vigilancia más o menos constante sobre imprentas y tratantes de libros, etc. En una palabra, se trataba de controlar todos y cada uno de los elementos integrantes del mundo del libro.

Es evidente que este control no tuvo en todo momento la misma intensidad, ya que ello hubiera rebasado con creces la capacidad humana y material de todo el aparato inquisitorial.

Por ello, el grado de eficacia de la censura no pudo ser siempre el mismo, ni la actividad inquisitorial pudo abarcar todo este abanico de actuaciones en todo momento



Contratiempo

NUEVA DIRECCION

C/. Royo, 20
Tel.: 21 81 77

